

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 63, 16c-17; 64, 2b-7): **Tú, Señor, eres nuestro padre.**

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): **«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»**

2ª lectura (1ª Corintios 1, 3-9): **Él os mantendrá firmes hasta el final.**

Evangelio (Marcos 13, 33-37): **Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento.**

La Biblia nos presenta infinidad de historias de sufrimiento y de dolor. En ocasiones son individuales y otras veces son capítulos en la historia de un pueblo oprimido. La luminosidad del día queda eclipsada, demasiadas veces, por la desolación del dolor y la injusticia. Nos duele la indecencia, nos indignan los abusos, nos repugna la impunidad. Masacres, opresión, rechazo, marginación, indiferencia... son algunas de las situaciones por las que pasó el “pueblo elegido” y por las que sigue pasando la humanidad.

No es fácil entender el sufrimiento o integrar la derrota. Más difícil lo tienen las víctimas que, en primera persona, padecen la injusticia. Las respuestas fáciles no sirven y las complicadas tampoco lo resuelven: ¿Tienen sentido las guerras, el hambre, la desigualdad entre países, la insolidaridad ante el prójimo necesitado? Corremos el riesgo de normalizar la injusticia y de justificar la desigualdad. ¡Sálvese el que pueda!

¿Acaso soy el guardián de mi hermano? ¡No es mi responsabilidad! Así hemos conseguido enfermar nuestro corazón y tener un “corazón endurecido”, un corazón de piedra, que es insensible ante el hermano, que está cerrado al prójimo y que solo piensa en sí mismo. Dios nos libre de la dureza del corazón

En la Biblia, el corazón es algo más que un músculo. Lo refiere como el interior, lo más hondo de la persona, donde solo Dios puede entrar. Es el lugar donde residen los sentimientos positivos: como el valor, la alegría, la solicitud por los demás, la serenidad o el deseo; y los negativos: como la soberbia, la pena, la angustia y el dolor. En el corazón habitan los pensamientos, los proyectos y la voluntad; también es el lugar de la inteligencia. El corazón es la disposición para la fe y asegura la confianza en Dios. La conversión solo puede ser de corazón... todo el ser, desde lo más profundo vuelve su mirada hacia Dios. El corazón mueve la vida. Cuando se endurece el corazón la existencia se hace más difícil, más compleja, más dura.

Dios nos abre su corazón y nos muestra sus caminos. Su voluntad es el bien de sus hijos, su camino es el Evangelio de Cristo. Nosotros creemos en un Dios con entrañas de misericordia que tiene corazón de padre y madre. Que nos conoce, nos mira y sufre con nosotros. Nuestra respuesta debe ser la misericordia ante el hermano solo y desamparado, explotado y deprimido. Ante las víctimas de las guerras injustas, ante los que no tienen que comer, ante quienes no tienen trabajo o no tienen libertad para expresar sus creencias. No podemos dar la espalda ante quien sufre.

El Adviento es espera y esperanza; es confianza y atención; es vigilancia y preparación. Es el tiempo que precede a la alegría del nacimiento y al gozo por la vida. El Adviento es una familia que espera un hijo. Una gran familia que aguarda el acontecimiento más importante: “la llegada del Salvador”. Da igual el día y la hora, lo fundamental no es el cuándo ni el cómo, sino que Él viene. El centro de nuestra esperanza es Jesucristo y nuestro deseo es acogerle.

Toda la Iglesia espera al Señor, y cada comunidad cristiana está llamada a facilitar su venida; es un compromiso por hacer posible su llegada. En la Eucaristía aclamamos, tras la consagración: **«Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!»**. Una expresión de nuestro compromiso por hacer presente el mensaje de vida y amor para todos en medio de nuestro mundo, hoy.

Los cristianos nos reunimos en su nombre, actuamos en su nombre, vivimos en su nombre, proyectamos en su nombre, somos solidarios en su nombre, perdonamos en su nombre, amamos en su nombre... anunciamos su nombre. La vida del cristiano está llamada a ser presencia de Jesucristo en todos los ámbitos de la vida (familia, trabajo, sociedad...). La Iglesia es presencia del Señor. Así le hacemos presente y así somos parte de la vida del Señor... ¡Y Él es fiel!

Sabemos que el Señor ha venido, está viniendo y vendrá. Más allá de lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer, Él viene, ¡ya está aquí! Nosotros somos “facilitadores”, pero Él viene igualmente con y sin nuestra ayuda y se hace presente en la vida, en la historia y en los acontecimientos. Nosotros corremos el riesgo de no reconocerle o de no acogerle en nuestra vida.

El Adviento es vigilancia, atención, contemplación, observación... pero sobre todo es el tiempo de la fe y la confianza en la certeza de la presencia del Señor en medio del mundo y de su Iglesia. Él nunca nos deja solos. Nosotros sabemos que está presente. Este tiempo nos ayudará a preparar el camino al Señor que viene y a descubrir, adorar y servir al Dios que está por llegar.